

Coño potens

Manual sobre su poder,
su próstata y sus fluidos



Diana J.
Torres

Durante siglos, la ciencia médica ha sido uno de los principales enemigos del cuerpo y la sexualidad de las mujeres, silenciando realidades anatómicas y patologizando todo lo que no encajara dentro de los parámetros de la falocracia, la heterosexualidad y los roles binaristas de género. Las palabras de este ensayo brotan como puñales, desvelando uno de los aspectos más controvertidos de la sexualidad de los coños: su eyaculación. De forma didáctica, con bastante mala leche, desde una visión feminista radical y combativa, y partiendo de su propia experiencia personal y un largo proceso de investigación, la autora de Pornoterrorismo nos presenta un nuevo artefacto explosivo, una bomba líquida con la que hacer saltar por los aires la colonización heteropatriarcal que la medicina oficial ha llevado a cabo en cuerpos y mentes durante toda la historia.

A mi mejor amante y amor, Hank, que hace de mis eyaculaciones auténticos sortilegios/ritos de paso.

NOTA A LA EDICIÓN DIGITAL

La motivación principal que me llevó a escribir este libro fue la necesidad de difundir la información que durante años fui recabando sobre el tema de la eyaculación de los coños. Porque realmente sí es algo necesario. El silencio no se combate con más silencio o privatizando los saberes como si de armas de destrucción masiva se tratasen (aunque algunos, como estos que van a leer en las páginas que siguen, se comporten como tales). Aventar este libro completo a la red de forma libre y gratuita es parte de esa estrategia de difusión que considero tan importante. Hoy, ocho de marzo de 2016 se cumple un año exacto desde que el libro salió del cálido horno de la editorial Txalaparta. Por eso quiero que también hoy, en un día que significa tantas cosas para la lucha feminista, mi lucha, el texto sea accesible a todas las personas que quieran leerlo.

Este libro, su escritura y el proceso de investigación, las giras de presentaciones (mi maleta pesada y yo traemos más de 10 000 kilómetros recorridos, más de 30 ciudades y seguimos), las inmensas dificultades para poder publicarlo en papel en México de forma autónoma y autogestionada (¡viva Papayita Ediciones!), todo lo que lo rodea es probablemente uno de los mejores viajes que he emprendido en mi vida. Es profundamente gratificante saber que estoy haciendo algo positivo por personas afines que, al igual que todxs nosotrxs, tienen muchas heridas que sanar por causa de este patriarcado atroz que nos niega la posibilidad de ser dueñxs de nuestrxs cuerpos y que se revuelve como fie-

ra herida cuando conseguimos aprender a usar el poder que reside en nuestras sexualidades.

Mi mayor premio por las horas empleadas en todo el proceso, por todo el esfuerzo que supone escribir un libro como este desde la precariedad, es sin duda la respuesta de quienes lo leen. Desde que salió hace un año he recibido cientos de *emails* y mensajes de gratitud de personas que encontraron en estas letras una información relevante para sus vidas, para hacerlas mejores, una información con el poder suficiente para reconstruir el mapa de nuestros cuerpos mutilados por el maldito bisturí ideológico de las sociedades que habitamos, una información, al fin, útil.

Para mí el feminismo no es más que algo útil, nunca lo entendí como un negocio, ni como una forma de alimentar el ego, ni como algo intelectual que deviene en teorías que solo pueden comprender unxs pocxs privilegiadxs. El feminismo que yo practico es una herramienta de supervivencia, una trinchera donde poder ser felices a pesar de todo, y este libro es mi humilde intento de ser útil para quienes de un modo u otro comparten conmigo las opresiones derivadas de vivir en este mundo de mierda.

Lxs invito desde acá a imprimirlo, fotocopiarlo, incluirlo en sus bibliotecas, enviarlo a todxs sus contactos, darle la máxima difusión posible. Léanlo primero, así es más posible que se les contagie esta imperiosa necesidad de que se sepa el crimen atroz que se ha cometido con nuestros cuerpos y sexualidades y que quieran formar parte activa de esta batalla. Yo ya no puedo hacer más de lo que hago, así que acá lo dejo, queda en sus manos.

Salud compañerxs,

Diana J. Torres

Ciudad de México, 8 de marzo de 2016.

DECLARACIÓN DE INTENCIONES

NO HAY NADA que me haya molestado más en toda mi vida que la mentira. Hay mentiras y mentiras, algunas son absolutamente necesarias a veces. No soy de ese tipo de idiotas que van pregonando por la vida que ellxs «nunca» mienten sin darse cuenta de que esa misma afirmación es la mentira más mundana y fácil que se puede enunciar.

Yo miento, y no solo eso, también manipulo. Es lo que me enseñaron mis enemigos: el ilustre uso de sus armas para darle la vuelta a la tortilla. Pero las mentiras que me molestan en realidad son las que tienen la capacidad de transformarse en verdades generales y comunes. De esas, en esta especie maldita a la que pertenecemos, tenemos muchas. De hecho, prácticamente todo lo que podríamos saber sobre nosotrxs mismxs como cultura, comunidad o individuos es, sin duda, mentira.

Por tanto, desde esta declaración quiero dejar claro que «la verdad» me importa una mierda, que si verdad significa todo aquello que la ciencia, la academia o la objetividad toman por bandera y avalan, entonces no estoy en absoluto interesada en plasmar en este libro ni una pizca de verdad. Lo aviso para que nadie luego me venga con estadísticas, estudios científicos o verdades supremas a decirme que estoy equivocada. Equivocada he estado toda la vida según los parámetros del sistema y así pienso seguir por el resto de mis días: equivocándome para poder llegar a ese «otro» conocimiento que me hace más libre y más sabia.

Nuestro cuerpo, ese territorio que habitamos a veces sin saber nada o casi nada sobre él, está completamente atra-

vesado por estas mentiras. Comandamos nuestras carnes desde un cerebro cuyos recovecos nos son absolutamente ajenos; a nuestro *hardware* lo rige un *software* privativo que nunca o muy pocas veces nos muestra sus operaciones abiertamente.

Lo que propongo en este texto es una reprogramación, un *hackeo*, una venganza. Una forma diferente de pensar-nos que nos pueda conducir a la comprensión de nuestro cuerpo como el único hogar que vamos a habitar en nuestra vida, ese lugar del que solo pueden desahuciar-nos o desalojarnos matándonos o dejándonos morir. Esto podría ayudarnos mucho a entrar de una forma sana y eficaz en el asunto del que trata este manual. Imaginemos pues ese hogar que el sistema patriarcal capitalista se ha encargado muy bien en convertir en cárcel. Imaginemos que vivimos en una casa en la que no sabemos ni dónde está la puerta de atrás ni dónde se guardan las cucharillas. Absurdo, ¿verdad? Pues así es como la gran mayoría de nosotrxs habitamos el cuerpo: sin saber dónde tenemos las cosas ni para qué sirven. Este texto pretende, básicamente, cambiar esa percepción.

Una forma de mentira involucrada de lleno con todo lo que vas a leer a continuación es la del «no decir». No revelar una información que es esencialmente relevante para una persona es mentir. Ocultar verdades es mentir, y esta es la especialidad del sistema en que vivimos. Así ha funcionado durante siglos y así sigue, perfeccionando sus tácticas ocultatorias, sus maquillajes, sus máscaras.

Me viene inmediatamente un ejemplo a la cabeza: lo que sucedió con el descubrimiento arqueológico de los murales de Pompeya^[1]. Lo primero que hicieron fue ocultar en un museo secreto, solo apto para clases altas masculinas, las pruebas de que lxs humanxs tenían una forma muy diferente de entender la sexualidad y sus representaciones. Un montón de dibujos y pinturas murales que venían a decir a una sociedad enferma que el sexo es parte de la vida

tanto como cualquier otro aspecto; voces del siglo VII a. C. que fueron silenciadas por una panda de moralistas y burgueses porque su existencia ponía en riesgo la solidez de esas «verdades» inventadas con el único fin de la dominación de unos pocos sobre una mayoría.

Ahora ese sistema es cada vez más frágil, está lleno de fisuras, solo tenemos que meter en ellas la palanca de la verdad (la más poderosa de todas) bien hasta el fondo y hacer fuerza, entre todxs.

Otra cuestión clave es que este texto no pretende generar frustración a nadie. No se es más o menos feminista, mujer o guerrillerx en función de las capacidades eyaculatorias que tengamos. No^[2].

Este libro pretende compartir información sobre una capacidad tan proscrita, jodida y bastarda que cabe la posibilidad de que nunca se llegue a experimentar o a desarrollarse. Es más, me atrevo a decir que no poder eyacular no es estar perdiéndose algo particularmente placentero, un orgasmo sideral o algo por el estilo. El placer de eyacular se trata de un placer político y el solo hecho de saber que esa posibilidad existe ya es una placentera victoria.

Que un coño eyacule es político por (al menos) dos razones. Primeramente echa por tierra las ideas que la cultura occidental difunde acerca de la sexualidad y el carácter «innato» de la mujer. Nuestro sexo es discreto, limpio, bonito, inapreciable, y sobre todo, emocional, interior. Se nos ha contado que nosotras por naturaleza lo sentimos todo hacia adentro, no tenemos derecho a explotar de ninguna manera. Una mujer que grita o muestra emociones intensas es una histérica; una mujer que eyacula, es una guarra enferma con defectos congénitos. Y más allá de lo sexual se nos ha dicho que nosotras no manchamos. Básicamente nacimos para limpiar la mierda de otros, no para ir dejando charcos por las camas.

En segundo lugar, ¿dónde queda el sustento de que hombres y mujeres existen si nosotras también tenemos

próstata y podemos eyacular con ella?^[3] Contribuye a deshacer el binarismo de género: Si tenemos próstata, si eyaculamos, si tenemos glánde y una estructura interior muy similar al pene (el clítoris), entonces las diferencias entre esos hipotéticos géneros, marcados por un solo cromosoma, esas categorías que se basan en la mera observación externa de nuestros cuerpos al nacer (o en la ecografía), como si el cuerpo fuera solo piel, son un argumento tan ridículo que cae por su propio peso.

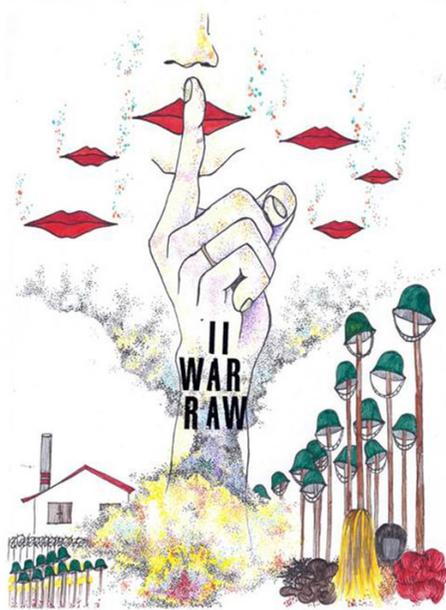
No es casual entonces (nada lo es en este mundo de manipulaciones por largo tiempo estudiadas) que la inmensa mayoría de las mujeres de las sociedades patriarcales no tengan ni puta idea de que son poseedoras de una próstata^[4].

Un placer político. Eso es nuestra eyaculación y su conocimiento. Y todas aquellas que busquen añadir una «bola extra» a sus orgasmos a través de esto o que pretendan convertirlo en una seña de pedigrí feminista (excluyendo de ese modo a las no-eyaculadoras de tal etiqueta de calidad) sencillamente no conseguirán lo que se proponen.

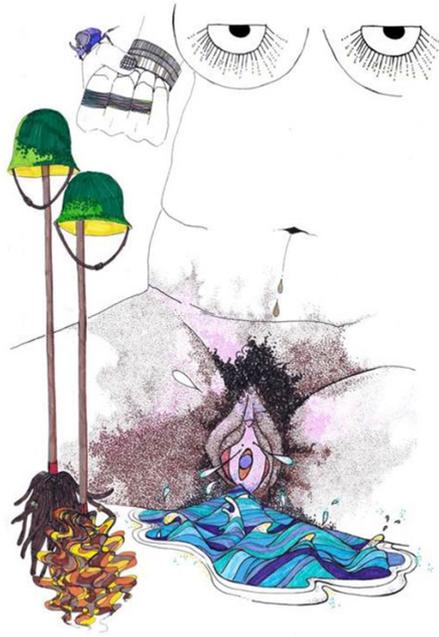
Así que si después de leer todas estas páginas y pasaros meses intentando eyacular no lo conseguís, bajad la guardia, cero paranoias, porque lo más importante aquí es que habéis recuperado una parte de vuestros cuerpos que os había sido mutilada y ahora forma parte de vuestro propio mapa mental.

Y para comenzar con un acto de sinceridad cabría decir que este libro no lo he escrito yo. Durante años, cientos de personas con las que he tenido el placer de compartir el espacio-tiempo, tanto en mi vida personal como en los talleres de eyaculación, nutrieron mi cabeza de informaciones, experiencias, teorías y conexiones con otras investigaciones que ahora tengo el placer de compilar y plasmar en estas páginas.

Espero que sea útil para todas aquellas que desean vivir en un hogar conocido y propio, para todxs aquellxs otrxs que quieran ser regadxs por la calidez de un buen géiser y para lxs que día a día luchamos para desenmascarar todas las mentiras que nos vendieron como verdades.



Il war raw. La segunda guerra mundial (Il war) recolocó con toda su crueldad (raw) los equilibrios del poder fundado en el patriarcado de la Europa occidental, blanca y colonialista.



En los procesos de rebelión necesitamos guías (animales simbólicos por ejemplo) que no practiquen la revancha de querer el mismo poder que nos ha sometido, sino que nos acompañen en otra sabiduría que deriva de conocer a nuestrxs ancestrxs o vidas pasadas.

CAMINANDO POR EL DESIERTO

En ciertos oasis el desierto es solo un espejismo.

MARIO BENEDETTI

LLEVO MÁS DE MEDIA VIDA EYACULANDO, quizás no sucediera desde el primer polvo pero sí desde el segundo. Claro que esto siempre dependía bastante de las aptitudes de mis amantes, pero en general nunca hubo que ser demasiado hábil para incitarme al derrame.

En un principio, debido a la absoluta falta de información, pensé que me meaba y quedé tranquila. Por suerte, y he aquí mi único y verdadero privilegio, durante la infancia recibí tres excelentes regalos por parte de mi papá y mi mamá: libertad, autonomía y respuestas. Claro está que ningunx de ellxs tenía respuestas para el tema de la eyaculación, casi nadie las tenía en una sociedad como la España de los 80. Pero haber crecido en ese ambiente tuvo como consecuencia directa que mi cuerpo no fuera un completo desconocido y que pocas cosas pertenecientes a él pudieran incomodarme.

Por eso jamás me dio vergüenza reconocer que una de las características de mi sexualidad era que si me penetraban de forma más o menos enérgica, de mi coño salía pis a borbotones. Durante mucho tiempo creí que mearme al fo-

llar era una seña de mi exotismo sexual, y a quien le gustara bienvenidx y a quien no, puerta. Desafortunadamente, no es mi caso lo más común. Ya es de por sí traumático para cualquier coño enfrentarse a su primera relación sexual, como para que además ese hipotético conejito tranquilo y sosegado que la sociedad y tu primer amante esperan que sea, se desparrame por la cama cual tsunami. La inmensa mayoría de eyaculadoras natas^[5] que he conocido, después de esa primera vez, no vuelven a hacerlo nunca más. Mearse en la cama genera malestar en la identidad de «mujer», es algo que ninguna señorita de bien puede permitirse, es profundamente ofensivo.

En el desierto informativo en el que nos obligan a vivir a las mujeres cuando se trata de sexo, una de las más terribles adversidades es que nos sucedan cosas inesperadas, cosas de las que nadie nos había hablado antes; y cuando digo «nadie» no me refiero solo a personas concretas como nuestrxs progenitorxs o nuestrxs educadorxs, me refiero a que nuestra cultura y todas sus posibles representaciones también permanecieron mudas al respecto. Y el mecanismo es mucho más perverso que la falta de información, está mayormente basado en la negación de la existencia de algo que en el silencio.

La negación es un mecanismo de defensa planteado por Freud^[6], un mecanismo que hace que cualquier cosa o idea que ponga en riesgo lo que nos han dicho que somos es inmediatamente negada. Se supone que protege nuestra identidad, la frágil y cobarde identidad con la que nacemos de serie en este corral de sumisión que es la sociedad. No solo no nos contaron que teníamos la capacidad de eyacular, nos convencieron de que semejante cosa no podía existir.

Por eso, yo, que en muchos aspectos siempre he habitado un cuerpo-oasis gracias a mamá y papá, durante muchos años pensé que mis corridas eran en realidad meadas,

porque me enseñaron (siempre fuera de casa, de mi núcleo afectivo) que nosotras, las mujeres, esa categoría en la que yo supuestamente estaba inserta, no eyaculamos. Y es más, me negaron la posibilidad de hacerlo.

Me la negaron a través de la educación estatal pero también a través de la pornografía y en las producciones que las «contraculturas» me ofrecían, donde el formato cómic (ese lugar de sabiduría suprema, Víboras, Tótems de papá, cuánto me disteis) solo representaban a la mujer-fuente como elementa circense, como monstruo de las profundidades marinas, como sujeto de estudio, como rareza de geografías remotas.

Me la negó firmemente mi ginecóloga. Y no era ginecóloga de la Seguridad Social. Después de que mi mamá me pariera en un hospital público donde su propuesta para darme la bienvenida al mundo era darme una azotaina en el culo y en donde trataban el cuerpo de las mujeres como contenedores de futuros siervos, ella se encargó muy bien de que yo no pasara por experiencias similares y la primera vez que me tuve que tumbar en el *sling* de una consulta ginecológica lo hice en una clínica privada de Madrid llamada Pablo Iglesias. A la segunda vez que nos vimos y ante su pregunta de si seguía manteniendo relaciones sexuales, le conté la anécdota de mis charcos. Ella se quedó pensando un rato y después de examinarme (tenía que visitarla cada seis meses desde los trece años por causa de mi ovario poliquístico, así que la vi muchas muchas veces) me dijo «Diana, no tengo idea de lo que me hablas, igual tenemos que derivarte al urólogo». Y en ese instante, porque nunca me cayeron bien los médicos aunque fueran de los que te hurgan en el coño, yo le repliqué muy inocente «pero si a mí no me duele nada». Y ella, supongo que recapacitando la barbaridad que acababa de decir (generarme un problema cuando yo únicamente tenía una duda) le dio carpetazo al asunto.